Nacionalismo/ nacionalismos: ¿Hacia dónde vamos?

Cuaderno nº 11

Veteranos OJE-Cataluña

Cuaderno núm. 11.

"Nacionalismo/nacionalismos: ¿Hacia dónde vamos?"

© Asociación Española de Educadores de Tiempo Libre
y Veteranos OJE - Cataluña.

Depósito legal: B 10.375-2018
Barcelona, Abril 2018

Nacionalismo / Nacionalismos: ¿Hacia dónde vamos?

Cuaderno núm. 11.
Veteranos OJE - Cataluña

Dentro de la necesaria comunidad de los pueblos

Nuestro amigo y camarada Pompeyo Santiago Serna, burgalés de pro –como aquel Ruy Díaz– y catalán de adopción, encantado de serlo, nos ofrece unas jugosas reflexiones sobre el nacionalismo, uno de los polos de nuestro permanente *dolor de España* de quienes nos educamos en la firme creencia de que la historia debe ser un *quehacer de amor* y no de odio.

Pompeyo es abogado de profesión y vocación, y se advierte en su estilo literario, en el que cada palabra cobra su exacto sentido sin posibilidad de otras interpretaciones; pertenece, pues, al mundo del Derecho, concepto de rango intelectual elevado por Eugenio d´Ors a esa trilogía de elementos –junto al Estado y al Imperio– que deben superar por elevación a los de rango puramente sentimental.

Porque el nacionalismo, elevado torticeramente al ámbito de una *religión laica*, y de ahí su fanatismo, nace de lo sentimental, de un desaforado apego al propio terruño, casi vegetal en sus raíces; ese apego no es negativo por sí, es la querencia natural a la llamada *patria chica*, pero que puede convertirse en negativo cuando, transformado en esa llamarada fanática, es capaz de odiar y negar a la *patria grande*, o, mejor dicho, a las *patrias grandes*, que representan los esfuerzos de los seres humanos por integrarse cada vez más en comunidades más amplias, si se acierta con el destino que estas pueden tener en lo universal.

Por ello, como bien dice Pompeyo, el sentimiento se debe educar, ya que, como todo lo nacido de la emotividad, tiene los pies de barro; un verdadero amor no se circunscribe al enamoramiento adolescente, producto de la contemplación del objeto amado, sino que requiere revertir en adulto, afianzarse en realidades –en nuestro caso, en la historia– y ser capaz de no encerrarse en un círculo cerrado, símbolo del egoísmo y de la insolidaridad.

Con estas premisas, no es extraño que nuestro autor dé fe de un ferviente europeísmo, no entendido a la manera burocrática, economicista e inestable de Bruselas, sino entendiendo a Europa como una posibilidad de *unidad de destino en lo universal*. Queda claro que Pompeyo ha profundizado en el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera, y ha visto en este pensador las posibilidades de sus afirmaciones esenciales; no se trata de círculos cerrados, sino de espirales abiertas, en las que los hombres sabemos adivinar caminos de auténtico progreso, cultura y servicio.

Progreso, y, a la inversa, el nacionalismo –todos los nacionalismos– son reaccionarios y regresivos. Cultura, porque, en nuestro caso, existe una única cultura europea, de la que es deudora gran parte de la humanidad. Servicio, porque se trata de que esa Patria europea que deseamos cumpla su papel de llevar al resto de los seres humanos unos valores de dignidad, de libertad y de justicia que subyacen en su entraña, Europa, para llegar a ser esa *patria* común de todos los europeos, no puede seguir dando la espalda a sus auténticas raíces –Clasicismo, Cristianismo, Germanismo…–, a riesgo de ser infiel a sí misma y que esa inestabilidad presente en los euroescepticismos se concrete en un nuevo salto hacia atrás, hacia el retorno precisamente de los nacionalismos.

Dice Pompeyo que dirige sus palabras a un público *generalista*, pero que, específicamente, habla a sus camaradas. Nos sentimos honrados por ello y le damos las gracias por su enseñanza. Sus raíces y las nuestras están, quién lo duda, en la Organización Juvenil Española, en cuyos campamentos, marchas y tardes de Hogar se nos enseñó, con la actividad, la palabra, la canción y el ejemplo, ese *orgullo de ser español, dentro de la necesaria comunidad de los pueblos*.

Manuel Parra Celaya

Charla pronunciada en la sede de la OJE de Barcelona, el 16 de diciembre de 2011, actualizada en octubre de 2017 para su publicación en la serie 'Cuadernos', de Veteranos de la OJE de Cataluña

El tema que me dispongo a exponer a continuación, y que lleva por título genérico el de 'Nacionalismo/Nacionalismos: ¿hacia dónde vamos?', es el extracto de un trabajo sobre la materia que pretende ser amplio, y al que hace tiempo que me vengo dedicando. Tenía la ilusión de haber podido aportar aquí y hoy la sinopsis de ese trabajo ya acabado, pero no ha podido ser. Como sucede a menudo (yo, personalmente, he experimentado más de una vez ese fenómeno), quien se dispone a estudiar una materia determinada, presume, en principio, que el reto que se ha propuesto ha de resolverse de forma simple y sencilla, dados los conocimientos previos que ya se poseen, y que, por lo tanto, el resultado de su esfuerzo ha de redundar también en una exposición clara y breve de la materia tratada. Así, al menos, lo siente el estudioso en su fuero interno. Pero cuando aquél se va introduciendo en la materia escogida, comprueba que el supuesto del que había partido no viene a resultar, a la postre, una tarea fácil, porque el objeto estudiado es como un gran río que, en su nacimiento y su curso se alimenta de varias fuentes, y que, en su desembocadura, se desparrama en multitud de canales y brazos, de tal forma que, aparte del cauce principal del mismo, las fuentes iniciales, los afluentes y los canales finales, vienen a constituir otras tantas materias de estudio exhaustivo, cuyo examen debe abordar si quiere ofrecer un cuadro cabal y sin fisuras acerca de lo estudiado. Dicho en román paladino: el estudioso comprueba que la cosa se complica, y que lo que se presentaba como un proyecto fácilmente asequible, se va convirtiendo en algo mucho más complejo que, por ello, requiere un más largo proceso de gestación. Tal ha ocurrido esta vez. Queda pendiente, pues, la presentación de ese trabajo completo, que ocurrirá, literalmente, cuando Dios quiera, pues el tiempo de que dispongo es escaso, y mis fuerzas menguadas.

Sin embargo, emplazado como estaba para dialogar con vosotros sobre nacionalismo, no podía ahora llamarme andana, dar largas a oficializar el compromiso contraído, o ampararme en evasivas para cumplirlo. Ello no sería propio de quien, como yo –al igual que, según creo, muchos de vosotros–, se reclama humilde seguidor de esa forma seria y responsable de comportarse en la vida que llamamos, entre nosotros, 'estilo'; exigencia a la que siempre procuramos ser fieles, aunque muchas veces, ¡ay!, la flaqueza de la carne y la debilidad del espíritu nos ponen en riesgo de traicionar. Así que me dispongo a ofreceros hoy este extracto de mi pensamiento sobre la cuestión planteada, con la esperanza, no obstante, de que lo que diga nos sea útil, sugerente y motivador a todos.

Dispensadme también que exponga otra matización. Que es ésta: el trabajo amplio y completo sobre nacionalismo que aspiro a terminar un día, va dirigido, como no puede ser de otra forma, a un posible e hipotético público, de carácter, diríamos, generalista. Sin embargo, esta charla tiene otro público, un público selecto en el sentido no sólo de la calidad del mismo, sino, también, seleccionado o autose-

leccionado. En definitiva, un público especial. Sois vosotros. Vosotros, a los que tengo la fortuna de poder dirigirme con una de las palabras más hermosas del diccionario –camaradas–, cuyo uso ya implica que, para mí, no formáis parte de una masa borrosa de individuos con el rostro diluido entre sombras, esa masa amorfa a la que los gacetilleros llaman 'público en general'. Esta especificación tiene su trascendencia con respecto al trabajo amplio que preparo, ya que en el mismo están presentes, además de los concretos anclajes ideológicos y desiderátums que están en la base de mi pensamiento más íntimo y que no oculto (no podría hacerlo sin traicionarme a mí mismo), están presentes, digo, muchos otros elementos no relacionados con mi propio pensamiento –elementos de carácter histórico, geográfico, económico, psicológico, sociológico, filosófico, etc.–, que dan forma, en conjunto, al fenómeno del nacionalismo. Pero aquí no estoy –digo– ante un 'público en general', sino ante vosotros. Por tanto, la forma de exponer y de presentar la materia ha de estar despojada de invocaciones de otro tipo, por lo que me centraré en lo medular del pensamiento que, pienso, compartimos. Y es que, ante vosotros, no puedo dejar de dotar a lo que diga de cierto carácter intimista, familiar y cómplice, poniendo el foco en aquellas partes del cuadro general que nos son más cercanas a todos, y actuando como el que sabe o supone que se va a dirigir a gente con la que comparte mucho –si no todo– de lo que va a exponer. Pero procuraré, con rigor y responsabilidad, no caer en el doctrinarismo o en la arenga, sino que, antes al contrario, intentaré aportar, en lo que pueda y sepa, motivos para una reflexión intelectual honesta, propia del estilo del que nos reclamamos, afanosa y enamoradamente, discípulos.

He dicho, también, que presumo compartir con vosotros 'mucho' de lo que diga… No me atreveré, sin embargo, a decir que sea 'todo'; primero, porque no pretendo sentar cátedra de forma dogmática sobre la materia; segundo, porque siempre habrá matices y grados sobre ella en la apreciación particular de cada cual; y, tercero y sobre todo, porque los términos 'nacionalismo' y 'nacionalista' están hoy en día tan adulterados y prostituidos –sobre todo en España–, que, a mi entender, requieren un tratamiento de purga y decantación en profundidad para volver a ponerlos de nuevo, una vez limpios de impurezas, al noble servicio de uno de los sentimientos más arraigados en el alma humana; a saber, el sentido de pertenencia, o más bien de incardinación, a un colectivo llamado 'nación', o 'patria'. Pero hay que ser prudentes: ved que voy y vamos a hablar, a dialogar, a exponer opiniones –aceptándolas, matizándolas, o incluso rechazándolas– en el marco de una organización tan querida por todos como lo es la Organización Juvenil Española, la OJE, y que esta organización es apolítica por imperativo estatutario, y así debe ser. Pero muchos de nosotros, sin embargo, recalamos en su día en ella –y de ella hemos partido hacia distintas metas vitales–, guiados por una estrella singular, un lucero, que nos remite a un pensamiento político concreto, el joseantoniano, del cual –hablo por mí– ni debo ni quiero abdicar, por mor de eso tan falso que se ha dado en llamar 'lo políticamente correcto'. Voy a exponer lo que sigue, pues, con humildad pero con firmeza, con respeto para todos pero sin claudicación para con mis propias ideas. Y lo voy a hacer, además, porque estoy convencido de que la nación ideal que quiso José Antonio va en la línea del cauce principal de aquel río a que me he referido antes, que no es otro, en última instancia, que

el de dotar de conciencia sobre su propia dignidad a todos y cada uno de los seres humanos.

Dicho todo lo cual, entremos ya en materia.

-*-*-*-

Decía antes que, para el estudioso, todo tema, por simple que pueda parecer, se convierte en complejo a poco que uno se introduzca en él con ánimo de examinarlo en toda su extensión y profundidad. Algo que enlazaría, de alguna manera, con el 'sólo sé que no sé nada' de Sócrates, o con aquello otro de que 'lo que sabemos es una gota de agua, lo que ignoramos es un océano' de Newton; algo que también, por desgracia, está muy distante de lo que piensa mucha gente, y, paradigmáticamente, muchos de nuestros nacionalistas nativos, que, por creer que lo saben todo, desprecian cuanto ignoran. Pero también es cierto que, de alguna forma, aún los temas que aparecen en principio como más complicados y abstrusos para ser analizados y tratados, se reducen en realidad a cuatro líneas claras, líneas maestras, que lo sostienen, las cuales vienen a ser como otros tantos 'hilos de Ariadna' que nos conducen a través de los mismos por el laberinto de la historia. Eso sucede también en el presente caso, pero teniendo muy en cuenta que, al investigar acerca del fenómeno del nacionalismo, habremos de tener muy claro que no estamos ante un tema, podríamos decir, científico, al modo del que usa de medidas, pesos y comprobaciones, sino ante un sentimiento; es decir, ante algo que no tiene nada de científico, entendido a la manera racionalista del dos más dos son cuatro. Los sentimientos, en general, y el sentimiento nacional –y mucho más su derivado anómalo, la ideología nacionalista–, en particular, conforman, en el grado que les corresponde, un sector importante de 'la parte oscura' del alma humana, aquella en la que se ubican los mitos; es decir, en la parte irracional de la misma.

Dejemos sentado, por tanto, que el sentimiento nacional se ubica en ese territorio de lo irracional. Como tal, no es discutible: simplemente es un hecho, se tiene o no se tiene. Pero su 'indiscutibilidad' se predica de su existencia misma, no de los caracteres que lo adornan ni de la influencia que imprime a la conducta de aquellos en quienes se manifiesta, que sí son discutibles, y que, por supuesto, pueden, y deben, ser sometidos a criterios morales y racionales. Y los criterios morales rectamente entendidos deben de asentarse en la aplicación de la doctrina del bien; por eso, un sentimiento como el nacional será bueno si produce frutos buenos, y malo si produce frutos malos. Aquí no valen proclamas como aquella atribuida a un general inglés al que se le reprochaba la ilegalidad que había cometido en la cruel represión de una revuelta indígena: 'right or not right, my country!' ('con derecho o sin derecho, ¡mi país!')…; tales ampulosas frases cultivan la parte más baja y deleznable del patriotismo, que es el patrioterismo, la sublimación de la patria en sentido tan irracional como execrable. Y, lo que es peor, estos dicterios acaban por volverse contra la misma patria a la que se supone defienden.

Existe, pues, un sentimiento nacional positivo, lo mismo que existen sentimientos nacionales negativos. Centrándonos en el sentimiento nacional positivo y rectamente entendido y aplicado, diremos que el mismo es una bendición para la persona que lo alberga en su corazón, para la sociedad que alberga a esa persona, y para la Humanidad entera. Infunde a

quien lo tiene alegría, amor, amplitud de miras, coraje, desprendimiento, dinamismo, entrega, espíritu de sacrificio, espíritu de superación, generosidad, responsabilidad, solidaridad, valor… Por el contrario, el sentimiento nacional no rectamente sentido y aplicado es una maldición para todos, empezando por el que lo alberga y doquiera que se manifiesta. Sus frutos son la antítesis de las virtudes mencionadas, ya que infunde antagonismo, avaricia, egoísmo, enemistad, envidia, estrechez de miras, idiocia, ira, mezquindad, odio, rencor... Es, pues, a la luz de los frutos que produce ese sentimiento, que podremos –y deberemos– enjuiciar la manifestación de un determinado sentimiento nacional. No basta la mera declaración como 'nacionalista' de una persona de cualquier latitud para definir el enjuiciamiento que merece la preconización de tal título. Tal declaración, sin más aditamento, es neutra, no suficiente. Por sí misma, ni salva ni condena a nadie. Pero actuaremos sabiamente si la sometemos a la prueba de los frutos que aporta, siguiendo el consejo evangélico: 'todo árbol que no da buen fruto, es cortado y arrojado al fuego; así que por sus frutos los reconoceréis' (Evangelio de Mateo, 7, 15-20). Enjuiciad de igual forma a quienes se arrogan la condición de patriotas y sabréis a qué ateneros, ya que muchos se han escudado y se escudan en la mera enunciación de esa palabra para tapar los frutos podridos que ofrecen.

Hay una constatación evidente: si repasamos la historia de la Humanidad, los actos y los hechos cuyo origen podemos residenciar en la manifestación de un sentimiento nacional, merecen, en su mayoría, una calificación netamente negativa. Guerras, esclavitud, rapiña, humillación del contrario… se han escondido, una y otra vez, detrás de la hermosa y noble palabra 'Patria', haciendo en parte verdad aquello atribuido a Samuel Johnson, de que 'el patriotismo es el último refugio de los canallas'; frase en la que, por cierto, algunos quieren ver el epitafio y la condena definitiva de cualquier clase de nacionalismo 'por ser el refugio de los canallas', cuando lo cierto es que la misma es el epitafio y la condena definitiva de los canallas que usan a la patria para su beneficio. De estos, como se sabe, siempre hay muchos. Esa frase, por otro lado, ha dado pie a la defensa de cierta forma de acracia, extendiendo la lucha contra el Estado hacia la lucha contra la propia nación, lo cual es una aberración que está a la altura de aquella otra que defiende que la liberación de la persona sólo se consigue 'matando al propio padre', aunque sea 'in potentia'. Esto no es sino una manifestación de espíritus débiles, que, como se sabe, también suelen abundar.

La tarea, pues, que toca hacer, es pedagógica: se trata de educar los sentimientos –en este caso el sentimiento nacional– transformando aquellos que son negativos y que producen daño a quienes los albergan y a su entorno, en sentimientos positivos, que producen ganancia para todos. Porque los sentimientos pueden cambiarse. En psicología está universalmente aceptado el principio de que los sentimientos provienen del pensamiento. Sin previo pensamiento (función del cerebro) no existen los sentimientos (manifestación de la 'psique'). Así que sentimos lo que pensamos, y, por eso, es factible modificar, a base de ejercicio y de disciplina intelectual, las raíces de un sentimiento –como por ejemplo el nacional–, extirpando las malas y potenciando las buenas. A eso, en términos vulgares, se le llama 'lavado de cerebro', locución que no tiene por qué estar teñido de peyorativismo. Es más: muchos reconoceríamos como un avance social y como un signo de progreso el que algunos se

'lavaran el cerebro' en la cuestión del nacionalismo. Pero también en esto hemos de ser honrados: a la hora de hacer purga, hemos de someter a examen nuestro propio sentimiento acerca de patria y nación. Lo que no podemos hacer es residenciar en los demás el deber de revisión que propongo, excluyéndonos de tal deber a nosotros mismos.
Es una constante decir que los nacionalismos se alimentan entre sí, o que un nacionalismo necesita, para existir, de otro nacionalismo. Esto es verdad en gran parte. El nacionalismo mal entendido, el nacionalismo espúreo, el nacionalismo que hace daño, es aquel que necesita enemigos para tener aliento de vida, aquél que no se basa en la grandeza y el orgullo de la Patria propia, sino en los presuntos agravios u ofensas que esta ha recibido o recibe de otras Patrias. Pero ese sentimiento sedicentemente patriótico es pura ideología no sometida a crítica, la cual deriva en fanatismo, y que se usa, primero, como sistema para esconder las propias miserias, y, segundo, como instrumento de poder y dominación: en el área interna de cada país, de una parte de la población sobre otra parte de la misma; en su área externa, de las naciones fuertes sobre otras naciones más débiles.

-*-*-*-

Una vez expuestas, en fin, estas premisas, entremos en una nueva dimensión: la de poner de relieve, mediante enunciados, cuáles son los elementos que confluyen en la formación y vivencia del nacionalismo 'bueno' –obteniendo de ello, 'a sensu contrario', los elementos que confluyen en la formación y vivencia del nacionalismo 'malo'–, para seguir la pista que nos conduzca hacia el objetivo final del desarrollo histórico de la Humanidad.

1/ Primer enunciado: El nacionalismo bueno, o rectamente entendido, es aquel que se basa en la afirmación del valor de 'lo propio', y no en la negación del valor de 'lo ajeno'.

El nacionalismo sano, o patriotismo, se basa en una percepción positiva del país correspondiente. En este sentido, es de ver que la grandeza de España ha sido considerada siempre por los buenos patriotas desde el punto de vista de sus atributos, no desde el de la comparación ficticia con los atributos 'mermados' de otras patrias. Se presume de 'lo que se es porque se es', no porque los demás 'no son'. Cierto que puede haber mucho de apologético y hasta de ditirámbico en algunos de los textos laudatorios que podemos encontrar a lo largo de nuestra Historia, desde los de San Isidoro de Sevilla hasta los de Alfonso X el Sabio, desde los cantos del Romancero hasta los escritos del Padre Mariana, desde las laudas de un Juan de Mena hasta la formulación de un Elio Antonio de Nebrija acerca de la lengua como compañera del Imperio… Pero es de ver que hasta en las reconvenciones proféticas sobre nuestros males y nuestros errores, podemos palpar el anhelo nostálgico de una España 'que podía ser y no era'; es decir, que tales reconvenciones han ido encaminadas siempre a mostrar las 'oportunidades perdidas' y lo tontos que hemos sido a veces cuando, disfrutando de una potencialidad extraordinaria como pueblo, nos hemos desperdiciado y perdido a nosotros mismos por puras mezquindades y cortedad de vista. Así que, para nuestros mejores pensadores, había que poner remedio a tales situaciones. Entre otros, y respecto a su época, podemos recordar que hubo un Joaquín Costa que lo expresó a su manera franca de maño un poco brutote, creyendo ver en la reivindicación de cierta interpretación materialista de

la Historia ('despensa y escuela'), el remedio para los males que nos había allegado el adormecimiento en los laureles de las glorias pasadas ('siete llaves al sepulcro del Cid'). Algo similar se puede deducir de la famosa frase de José Antonio 'amo a España porque no me gusta', frase que hace un llamamiento a la superación y al esfuerzo, y que no apunta a una posición estática, sino dinámica, para sacar a España de su marasmo, sobre todo si se la encuadra en el contexto del total pensamiento –¡y sobre todo de la total vida!– de José Antonio Primo de Rivera.

En la época de José Antonio, varias décadas de declinación nacional en lo exterior y en lo interior habían producido una merma en la percepción del 'valor España' en la mente y en el corazón de muchos españoles. Tras el impulso regeneracionista de la Ilustración –que ya era como un contrapunto a la decadencia de la nación, evidente desde los últimos Austrias– España se había hundido de nuevo en la mediocridad, y ésta en el desasosiego, y éste en la depresión, y ésta en las contiendas civiles del XIX. Cierto es que aparecen, de vez en cuando, algunos reflujos que vienen a ser como intentos de cambiar las cosas, poniendo de relieve que, por debajo de tanta inanidad y tanta declinación, existía un pueblo que conservaba unas virtudes que podrían estar en la base de nuevos resurgimientos: Guerra de la Independencia, Cortes de Cádiz, regeneracionismo, generación del 98,… Pero, vistas con cierta perspectiva, tales conatos de revitalización, al quedar ahogados bajo el peso muerto que significaba la desvinculación entre pueblo y clases dirigentes, venían a ser como las últimas llamaradas agónicas de una hoguera que, de todas formas, estaba cercana a apagarse. El siglo XIX, y el primer tercio del XX, constituyen un periodo terrible para España y para la psicología de masas de la nación. Mediocridad, desasosiego, depresión y contienda fueron elementos esculpidos axiomáticamente en la frase terrible de un hombre de cierto valor, Cánovas del Castillo, cuando dijo que 'se es español porque no se puede ser otra cosa', que era como una oración fúnebre pronunciada sobre un cuerpo prácticamente en la tumba. En tal situación, quienes aún se aferraban a un cierto posibilismo de regeneración, sólo encontraban agarradero en las glorias pasadas y en cierta mitología folklórica (lo que equivalía al 'Spain is diferent' del eslogan turístico de los años sesenta del siglo pasado), como el náufrago que se aferra a las tablas de un barco que se va a pique, para resistir el embate de las olas que amenazan con tragárselo para siempre.

No seríamos justos, sin embargo, y hablando de estas cosas desde Cataluña, si no mencionáramos aquí la posiblemente única manifestación colectiva, a caballo de los siglos XIX y XX, que pudo tener efectos beneficiosos sobre toda la nación, a no ser por la miopía y estrechez de miras demostrada por unos y otros; me refiero al movimiento de la 'Renaixença' catalana, un formidable fenómeno de ilusión 'pro-patria' (aunque sólo circunscrito al antiguo Principado), que, de alguna manera, conformaba una guía, un vademécum para hacer que florecieran de nuevo con ímpetu renovado las virtudes del pueblo. Pero todo quedó en nada, excepto en la propia Cataluña, donde dio frutos excelentes en el campo de las artes y en el imaginario colectivo, que aún perduran en cierta forma, aunque en muchos casos profanadas por el furor y la idiocia nacionalista. Las clases dirigentes españolas de aquel tiempo no estuvieron a la altura de esta llamada, como por desgracia ha sucedido muy a menudo, porque se correspondían con un

pueblo que, como nación, había perdido casi completamente el pulso, cosa que ha pasado repetidamente en nuestra Historia ('¡Oh, Dios, que buen vasallo si hubiese buen señor!'). No hubo entonces, como otras muchas veces, líderes ni profetas, ni hubo un Moisés para guiar hacia la tierra de promisión a un pueblo perdido en el desierto.

Ese estado semipermanente de mediocridad, desasosiego, depresión y contienda del pueblo español, hizo crisis en la Segunda República. Entonces sí apareció un líder y un profeta, José Antonio Primo de Rivera, aunque los tiempos de hierro que le tocó vivir, truncaron un desarrollo profundo de su mensaje. Pero, ¿cuál era el mensaje que nos dejó en lo referente a la cuestión nacional? Nosotros lo sabemos: primero, la necesidad de conseguir que se produjera una afirmación mesurada, tranquila, natural, sobre las cualidades del pueblo y la nación española, tantas veces oscurecidas, ocultadas, borradas incluso, por gentes sin conciencia, o peor aún, por gentes con la conciencia corrompida, tumefacta o insensible ('¡qué buen vasallo, si hubiese buen señor!', de nuevo); segundo, lograr que se superara una visión histórica contemplativa, adocenada y huera, para pasar a la acción y a la obra (¡'arriba, escuadras, a vencer!'); tercero, imbuir a todos de la necesidad de dotar de un proyecto colectivo ilusionante a la nación ('sin empresa, no hay patria'), concepto aplicable no sólo a la patria española, sino a todas las patrias y, en definitiva, a esa Patria final de todos que es la Humanidad.

Ese espíritu de afirmación nacional, se produzca donde se produzca, no es nacionalismo: es, simplemente, la condición necesaria, primordial y primigenia para asentar el propio 'ser'; la misma que compete a cada individuo para afirmar en su propia personalidad. A un niño no se le dice que podrá conquistar el mundo negándose a sí mismo (que nada tiene que ver con 'el que quiera seguirme, niéguese a sí mismo' del Evangelio), porque para negarse a uno mismo en aras de un ideal que lo supere, es necesario, primero y ante todo, haberse asentado uno antes sobre su propio valor: Dios no quiere criaturas muertas o hueras.

Esa era la realidad de la nación española en el tiempo de José Antonio, en que la mayoría de españoles había llegado a un estado de postración nacional tal, que llegaba en muchos casos hasta el autodesprecio. ¿Y qué puede esperar quien se desprecia a sí mismo? Sólo el desprecio de los demás… El camino a recorrer, pues, era justamente a la inversa. Había que insuflar primero la autoestima en las masas, hacer creer de verdad a cada hombre y mujer que su condición de españoles no significaba un estigma ni una maldición fatalista, sino una cualidad moral tan sólida e impulsora de sus mejores energías como lo podría ser para el hombre y la mujer de otros pueblos con respecto a las suyas propias. Ni mejor al modo folklorista ridículo del '¡como España ni hablar!', ni peor al modo atormentado y también ridículo del dicho canovista a que nos hemos referido antes. Ni amparado (sin renunciar, por eso, a ellas) en las viejas glorias de la Reconquista, el Imperio y el Siglo de Oro, ni desvanecida entre los muchos errores que, como cualquier otro país, hemos cometido. Había que afirmar a cada generación en el ahora de cada día, y aportar el potencial reencontrado hacia el mañana. Así lo cantó el poeta vasco Gabriel Celaya en su poema 'España en marcha', que muy bien podría haber suscrito el mismo José Antonio, y que no me resisto a transcribir:

Nosotros somos quienes somos.
¡Basta de Historia y de cuentos!
¡Allá los muertos! ¡Que entierren, como
Dios manda, a sus muertos!

Ni vivimos del pasado,
ni damos cuerda al recuerdo.
Somos, turbia y fresca, un agua que atro-
pella sus comienzos.

Somos el ser que se crece.
Somos un río derecho.
Somos el golpe temible de un corazón no
resuelto.

Somos bárbaros sencillos.
Somos a muerte lo ibero,
que aún nunca logró mostrarse puro,
entero y verdadero.

De cuanto fue nos nutrimos,
transformándonos crecemos,
y así somos quienes somos, golpe a golpe y
muerto a muerto.

¡A la calle!, que ya es hora
de pasearnos a cuerpo
y mostrar que, pues vivimos, anunciamos
algo nuevo.

No reniego de mi origen,
pero digo que seremos,
mucho más que lo sabido, los factores de
un comienzo.

Españoles con futuro
y españoles que, por serlo,
aunque encarnan lo pasado, no pueden
darlo por bueno.

Recuerdo nuestros errores
con mala saña y buen viento.
¡Ira y luz, padre de España, vuelvo a
arrancarte del sueño!

Vuelvo a decirte quién eres.
Vuelvo a pensarte, suspenso…
Vuelvo a luchar como importa y a
empezar por lo que empiezo.

No quiero justificarte
como haría un leguleyo.
Quisiera ser un poeta y escribir tu primer
verso.

España mía, combate
que atormentas mis adentros,
para salvarme y salvarte, con amor te de-
letreo…

A la calle!, que ya es hora
de pasearnos a cuerpo
y mostrar que, pues vivimos, anunciamos
algo nuevo.

Esa tarea de lograr la consolidación de un espíritu de afirmación nacional en los españoles fue la tarea primordial de José Antonio. Pareció que el mismo se había consolidado, entre luces y sombras, tras la Guerra Civil, y que ya había pasado a ser algo incrustado definitivamente en el subconsciente colectivo del pueblo. Sin embargo, eso se frustró en gran parte por la miopía y racanería inaudita de los vencedores en la contienda, que no supieron ver, más allá de lo folklórico, el gran valor de la mayor riqueza de España: la diversidad de sus gentes. Algunos hechos de nuestra última Historia demuestran las fisuras incrustadas en el armazón de aquel edificio mal proyectado y construido, observables en los nacionalismos que tomaron nuevos bríos en algunos lugares

de España a poco que escampó la tormenta, y que hogaño aletean con tanta miopía y racanería como las de los vencedores de antaño. Nacionalismos que asientan su naturaleza, no en un razonable y, por qué no, entusiasta sentimiento localista o regionalista, sino en un proyecto distinto y separado del conjunto de España. Estos nacionalismos constituyen un hecho objetivo, y, como tal, hay que contar con él como un dato sociológico a tener en cuenta. Pero políticamente –y desde una perspectiva histórica– no serían preocupantes si la afirmación de la nación española, destinada a integrarlos como una parte más del proyecto común, se manifestase con naturalidad pero con fortaleza en todo el territorio nacional geográfico y humano, y en el ámbito propio de las estructuras estatales. Sin embargo, se ha obrado dubitativamente en este terreno, y se ha dotado a la acción de gobierno, durante muchos años, de un relativismo muy peligroso, que tuvo su punto álgido en el período de la Administración Zapatero.

Hay varias causas que han confluido en el repunte de los nacionalismos separatistas desde la Guerra Civil hasta nuestros días, el no menor de los cuales ha residido en la identificación, 'mutatis mutandi', de la nación española con el monolitismo ideológico y político de la dictadura de Franco, que ha producido un retroceso del valor 'España' en el imaginario de muchos españoles, no sólo de los de idiosincracia nacionalista. Ello ha sido así como resultado de la confluencia en la psicología colectiva de dos complejos bien estudiados por la ciencia psicológica: el de culpabilidad y el de inferioridad. El de culpabilidad, al considerarse dichos españoles como una especie de 'corresponsables' de las políticas culturales llevadas a cabo por el régimen franquista, en relación con los elementos culturales de las regiones de España donde florece el separatismo, especialmente el elemento de la lengua. El segundo complejo, el de inferioridad, está ligado al hecho de que dichas regiones son de las más prósperas económicamente –especialmente Cataluña y País Vasco–, y que, por ello, han sido receptoras de una inmigración masiva proveniente del resto de España, compuesta por personas menos preparadas y, por ello, menos críticas política y sociológicamente hablando, para afrontar el problema del nacionalismo; de ahí que dicha masa inmigrante haya sido utilizada con total descaro por formaciones políticas, singularmente de izquierda, que se han apoyado en el voto no nacionalista de dicha población inmigrada para elaborar políticas nacionalistas.

Si a todo ello unimos la frivolidad de algunos de los gobernantes que nos ha tocado soportar, nos daremos cuenta del peligro que nos ha acechado y que todavía nos acecha. Piénsese en el ya por suerte desaparecido José Luis Rodríguez Zapatero (aunque aún persiste un cierto 'zapaterismo' ignorante y tontaina, encarnado hoy en día por Pedro Sánchez), en dos momentos que pasarán a la historia por su ignominia (tanto de carácter intelectual como de falta de visión histórica): uno, cuando aquel mal gobernante dijo que la nación era 'un concepto discutible y discutido' refiriéndose a la española, llevando a la calle y al pueblo la percepción de una nación española en minusvalía, como cosa no importante, mientras que, por su conjunción política con los reivindicadores de otras naciones presuntamente distintas a la española, primó y realzó, en el imaginario colectivo, la idea del valor de dichas presuntas naciones sobre aquella… Y dos, cuando proclamó que él respaldaría la reforma del Estatuto catalán 'fuese cual fuese su contenido'. Esta irresponsable afirmación,

propia de un mentecato, está en la base de lo que hoy nos sucede. ¿Y si ese contenido estatutario hubiese sido la guía para la pura y simple separación? ¿Qué clase de gobernante es quien se compromete 'avant la lettre' con algo que puede significar la radical transformación del Estado español, cuando no su desaparición como tal, desconociendo y despreciando el parecer de su propio pueblo? Porque, como se sabe, la reforma del Estatuto catalán –en realidad un Estatuto de nuevo cuño–, había sido auspiciada mayoritariamente por un Parlamento catalán de carácter netamente nacionalista, incluyendo en su composición formaciones de izquierda que, como se ha dicho antes, utilizaban engañosamente el voto no nacionalista de gran parte de la población catalana para basar una política radicalmente nacionalista. La inoculación del virus del mal, la incubación del huevo de la serpiente, ya estaba hecha. Dicho Estatuto fue refrendado a la postre por menos del treinta por ciento de la masa electoral catalana, pero como una parte de su articulado fue declarado inconstitucional posteriormente por el Tribunal del ramo, ello sirvió para que los políticos nacionalistas proclamaran que la decisión judicial iba 'contra Cataluña'. ¡No contra el nacionalismo separatista catalán, sino contra Cataluña! ¿Y quién iba contra Cataluña? ¿El Tribunal Constitucional? ¿Quiénes habían impugnado el texto refrendado?... No: ¡España misma! Este fue el mensaje larvado que quedaba impreso en el imaginario colectivo. No se instalaba en éste la idea de una nación única con derechos y obligaciones iguales para todos basados en la Constitución, sino la de dos naciones, una de las cuales oprimía a la otra. Todo ello acompañado de una gran coreografía mediática impulsada por los separatistas y por políticos (¿) izquierdistas, uno de los cuales, cordobés de nacimiento, sin preparación alguna más que la derivada de su carrera dentro de un partido, rebosante de complejo de inferioridad ante el nacionalismo, y que había llegado nada menos que a Presidente de la Generalitat de Cataluña –lo que ponía en evidencia a qué ínfimas cotas de prestigio había llegado el ejercicio de la política catalana– era uno de los más destacados corifeos del mantra 'contra Cataluña'…. Este episodio pasará a los anales de la ignominia histórica de España.

Se ha puesto mucho el énfasis en el fracaso de la política económica llevada a cabo por Rodríguez Zapatero, como causa suprema de su fracaso electoral postrero y de su responsabilidad ante la Historia, pero, para mí, su mayor estigma reside en su completa traición a la nación como tal. Claro que esta especie de gobernantes no aparece porque sí ni por arte de magia: nacen porque existe un caldo de cultivo previo residenciado en gran parte de la izquierda, que no acaba de tener claro que la nación está por encima de –y no debe ser confundida con– la lucha de clases, la distribución de las competencias administrativas territoriales, o cualesquiera otros elementos de organización estatal.

2/ Segundo enunciado: una vez asentado el principio de afirmación nacional, debemos estar abiertos al desarrollo evolutivo e integrador de la propia nación hacia realidades más amplias

Las naciones, cualquier nación, no son el último límite de la Historia. Éste será, no puede ser otro, que el propio ser humano, desnudo de todo otro aditamento que no sea su propia humanidad.

Alguien dijo que, en cuanto a su formulación y su estructuración humana, la Historia viene a

ser como las aguas tersas de un lago sobre las que se arroja una piedra, en que, a partir del epicentro del impacto de la piedra sobre el agua, se van produciendo distintas ondas concéntricas, que se van expandiendo sin solución de continuidad por todo el lago. Pues bien, ese epicentro vendría a ser el propio ser humano, la persona; cualquier ser humano, cualquier persona. La primera onda sería la familia. La segunda onda sería el clan. La tercera onda sería la tribu. La cuarta onda sería la nación individualizada. La quinta onda, en fin, sería la nación universal; es decir, la Humanidad. En la actualidad, el mundo estaría, más o menos, en la cuarta onda… Siempre me ha gustado esta metáfora, porque me parece muy gráfica. Nótense en ella, sin embargo, dos cosas importantes desde el punto de vista de la politología.

La primera de ellas es que este proceso evolutivo integrador nada tiene que ver con elementos tales como la formulación de políticas administrativistas o la estructuración estatal en los diversos territorios, enfocado ello a lograr el racional imperio del principio de eficacia y eficiencia en la prestación de servicios por parte de cualquier Estado a sus ciudadanos. Lo digo porque a veces se confunde a la esencia –la nación–, con el accidente de su estructura administrativa. Son cosas diferentes. Algo tan burdo como identificar a una persona con su régimen alimentario o la casa que habita. Los servicios se prestan y se reciben –y los derechos y las obligaciones se hacen imperar, o no- en base al principio de ciudadanía, no al de nacionalidad, aunque en el actual estadio histórico en que nos encontramos, el mundo se presente compartimentado, aunque no siempre, en las llamadas naciones-Estado, un concepto harto confuso. La diferenciación entre nación y estructura estatal o Estado (¡no digamos entre nación y Gobierno, que es una deliberada confusión en nuestros días por parte de los nacionalistas y de la extrema izquierda que utiliza el nacionalismo como ariete contra el PP!), el arraigo de esta diferenciación conceptual en la conciencia de las masas, y su aplicación práctica en la sociedad, eliminaría de raíz muchas de las reivindicaciones de carácter nacionalista que nos abruman y que agobian en España, y que sólo sirven para cultivar enfrentamientos de carácter 'nacional' entre estructuras autonómicas o 'centrales', ya que la prestación-recepción de servicios, o la adjudicación de deberes y derechos (especialmente los de carácter fiscal o contributivo), serían impartidos o demandados no por la condición de cualquiera en función de su nacimiento o residencia como catalán, andaluz, castellano o gallego, (o como francés, inglés, alemán, japonés o sudafricano) sino por ser ciudadano de un Estado que trata a todos los que lo integran con los mismos principios de equidad, eficacia, igualdad, solidaridad y justicia.

La segunda nota que caracterizaría a la implantación de este enunciado, sería la de que su aplicación no afectaría tampoco a las especificidades culturales propias de cada comunidad, incluida, por supuesto, la de la lengua. En España, precisamente, nadie que se sienta español firmemente y sin ninguna reserva, pone en duda que la diversidad cultural de la nación, presente en sus diversos ámbitos geográficos, ataca a la españolidad del conjunto; antes al contrario, tiene a esa diversidad como una gran riqueza, una riqueza que, valga la redundancia, enriquece a todos. Esta postura, por cierto, es diametralmente opuesta a la de los nacionalistas que no se sienten españoles y que luchan por separarse de España, para los que las manifestaciones culturales específicas

de sus respectivas comunidades son argumento para justificar su pretendida diferencia y, en consecuencia y en base a ella, para reivindicar aquella separación. Véase la radical diferencia entre una y otra postura: nosotros, españoles a machamartillo, nos enorgullecemos del variopinto collage cultural de las gentes españolas, teniéndolo como timbre específico y glorioso de nuestra españolidad; ellos, nacionalistas catalanes, vascos, castellanos o andaluces (que también los hay), o de cualquiera otro lugar, circunscriben su horizonte a sus especificidades culturales propias, haciendo de ellas trinchera donde escudar su oposición a la misma idea de España. De ahí que teman como a la peste la 'intromisión', en su área geográfica, de personas portadoras de otros usos, costumbres y raigambres culturales –intromisión que no dudan en calificar como 'invasión'–, procurando rechazarlas cuando pueden, y, si no p1ueden, intentando que no contaminen su propia idiocia. (Sirva como ejemplo práctico de esta mamarrachada mental la política –si se puede llamar así– de la Generalitat de Cataluña en relación con la inmigración, tendente a fomentar y preferir la de origen magrebí sobre la procedente de Hispanoamérica, por considerar que las gentes hispanoamericanas, que se expresan en castellano, son menos asimilables a las tesis separatistas debido a la lengua que usan; es decir, que son menos manipulables para el fin que persiguen). ¡Pobres gentes! Desconocen, en su ceguera, el valor inmenso que rechazan. De esta concepción raquítica y mezquina del sentimiento nacional, tenemos pruebas abundantísimas en nuestra Cataluña, que darían lugar a un extenso tratado basado en hechos y en análisis de hechos, de lo que está ocurriendo a diario en nuestro entorno inmediato. Dicho lo cual, conectemos de nuevo con la propuesta del enunciado para reclamar con fuerza y firmeza su validez, así como la implantación progresiva de una educación en el sentido de la misma para las nuevas generaciones.

Mas la cuestión, hoy en día, ya no reside en el ten con ten que tiene España, como nación, con los diferentes nacionalismos autóctonos que le son antagónicos; nacionalismos a los que deberían ser engullidos, poco a poco, de forma natural, por el gran río de la Historia, por obsoletos y reaccionarios… salvo que se permita que petimetres de la escala (por abajo) de los mencionados, tuerzan el curso de ese río, aunque sea de forma temporal. Cosa que, por otra parte, no creo que suceda porque, a pesar de todo, la idea de España, en el corazón y en la mente de la mayoría de españoles –incluso de aquellos que se dejan a veces guiar por espejismos y entelequias como esa de la 'liberación de los pueblos', absurdas y fuera de lugar en la Europa del siglo XXI–, la idea de España, digo, está tan arraigada, que sólo un cataclismo podría con ella; cosa tan descomunal que es realmente impensable, y que se sitúa fuera de toda previsión de la razón: estaríamos hablando de otros mundos. No obstante, que no suene eso a triunfalismo: los peligros son muchos y, estando como estamos inmersos en una vorágine provocada por la inacción de una clase política acomplejada y ciega, acaso pareciera que nuestro barco nacional está cerca del naufragio.

No. La cuestión en este campo, repito, no es la planteada entre España y sus nacionalismos, sino la de España con el resto de los países europeos, con Europa como idea y como proyecto… Porque Europa tiende lenta, pero persistentemente, con errores, con cortacircuitos, hacia un proceso de nacionalización

europea. Esta, la construcción de la nación europea, es la gran misión de las generaciones actuales y futuras de Europa; una misión que, por supuesto, yo apoyo sin reservas, totalmente, entregadamente, hasta el punto de que me gusta repetirme a mí mismo que soy y me siento un 'patriota europeo', al tiempo que lamento que la construcción de la nación europea no tenga aún el eco necesario, o lo tenga muy débil, en la sociedad europea en general. Escasean los 'pensadores de Europa', y no hay partidos políticos con 'secciones europeas' más allá del envío de algunos representantes al parlamento de Estrasburgo. Representantes y parlamento que dedican la mayor parte de su tiempo a debatir cuestiones burocráticas, tecnocráticas y, hoy por hoy, sobre todo, económicas y financieras. Cuestiones que están bien, que son necesarias, imprescindibles, pero que son insuficientes para la formación de una conciencia nacional europea, más allá de alguna que otra medida concreta como, por ejemplo, las becas Erasmus, que han sido un magnífico descubrimiento y son una espléndida realidad, que convendría extender a ámbitos más amplios de la población europea. Si alguna amenaza y algún peligro existe para la construcción de la Europa-nación, ese peligro y esas amenazas están representadas, al punto del oscurecimiento, por la defensa de los intereses estrictamente nacionales de los diversos países, que vienen a ser una reproducción a escala europea de las tiranteces y de los tomas y dacas que vivimos a diario en el ámbito puramente español entre el Estado y las comunidades autónomas en que el mismo está estructurado políticamente. Pero Europa es mucho más que las que pudieran hacer pensar las mezquindades territoriales y nacionales al uso. Europa es, en lo geográfico, un pequeño apéndice occidental del vasto continente asiático, pero, en lo cultural y en lo histórico –en lo civilizatorio, podríamos decir– su grandeza supera con creces a la de cualquier otro rincón del mundo. No es ocioso repetir aquí que los pilares sobre los que se asienta la idea de Europa, y que siguen estando presentes en el sustrato moral de todos y cada uno de los países europeos –y, por tanto, de la propia idea de nación europea–, son cuatro: la filosofía especulativa de raíz griega, el derecho racional uniformador romano, el idealismo trascendente de raíz cristiana, y el pensamiento racionalista de raíz laica. Estos cuatro elementos se han ido mezclando en la probeta de Europa a través de los siglos, formando un profundo 'humus' en el que se ha ido cultivando 'la manera de ser europea'; manera de ser que ha ido impregnando a toda la Humanidad, de tal forma que, hoy en día, cualquier manifestación de pensamiento en cualquier latitud, y cualquier expresión política del mismo, bebe y come del fruto que ha producido la simbiosis de aquellos elementos fundacionales. A ese proceso le llamo yo 'civilización'; una civilización triunfante, comparada con lo que han dado de sí cualesquiera otras civilizaciones aparecidas y desaparecidas del mundo en el correr de los tiempos, por más que siguen existiendo muchas gentes acomplejadas y miopes (siempre las habrá, ¡señor, qué cruz!), que siguen poniendo de relieve accidentes de la Historia europea, como el colonialismo (del que sólo retienen algún que otro hecho ciertamente deleznable), por encima y por delante del extraordinario proceso cultural civilizatorio cuya cuna está en este viejo y querido continente. Como si tales accidentes pudieran oscurecer y tapar la grandeza de la labor de Europa en el mundo y ante la Historia.

El proceso de nacionalización europeo –que es imparable pero que necesita el apoyo ex-

plícito, diario y organizado de quienes tengan verdadera conciencia del mismo, que cada día son más–, no puede ser juzgado, y mucho menos corporeizado, a través de decantaciones (¿o tal vez excrecencias?) ideológicas del tipo derecha o izquierda, socialismo o liberalismo, progresismo o conservadurismo. Por ello, las líneas maestras de la construcción europea no pueden dejarse sólo en manos de políticos 'profesionales', de esos que sólo atienden a las previsiones del resultado de las próximas elecciones. La construcción de Europa requiere, necesita, líderes morales y de pensamiento, líderes asentados en el cauce profundo del majestuoso río de la Historia, de cuya corriente surgen ecos de unidad y llamadas de quehaceres comunes. Líderes plenamente conscientes de la misión universal e histórica de Europa en el mundo y en ella misma. Líderes que sepan arrojar a las orillas del gran río, para que se pudra como inservible, la hojarasca que ha cubierto y que cubre aún sus aguas. Líderes que pongan al descubierto el significado profundo que supusieron para Europa la cultura griega, el impulso unificador del Imperio Romano, la visión de un Carlomagno, la acción cultural del monacato en la reconstrucción de Europa en sentido cristiano tras el reflujo de las invasiones bárbaras, qué significaron las Cruzadas, qué el Sacro Imperio Romano Germánico, qué la idea humanista en que se asentó el Renacimiento, qué aportaron al acervo común figuras de la talla de un Benito de Nursia, un Tomás de Aquino, un Erasmo, un Tomás Moro, un Francisco de Vitoria, un Francisco Suárez, un Newton, un Hobbes, un Leibniz, un Spinoza, un Descartes, un Kant, un Montesquieu, un Hegel, un Ortega… y tantos y tantos otros cuya relación sería inacabable. Cuáles, en fin, son las enseñanzas que podemos asumir, derivadas de las múltiples conflagraciones civiles padecidas por el continente a través de los tiempos, y qué las emanadas del pensamiento de los 'padres' fundadores de Europa: Adenauer, De Gasperi, Schumann…

En fin, ya se ve la tarea ingente que habrá de afrontarse. La construcción nacional de Europa es inmensa, y apta para ilusionar por sí sola a varias generaciones de europeos. Por lo que respecta a España, y desde un punto hasta, si se quiere, egoísta, tengo por evidente y certísimo que el proyecto nacional español (¡no la afirmación de la españolidad!), ha llegado ya a su límite histórico. Podremos seguir bandeándonos –mal– durante decenas de años más, sumidos en disquisiciones varias y en pugnas estériles con nacionalismos ibéricos de todo pelaje, pero esto no da más de sí. La 'unidad de destino en lo universal' de España que dijera José Antonio –objeto de rechifla por quienes, precisamente, sueñan con unidades de destino universales para Cataluña, para Vasconia, ¡incluso para Castilla o Andalucía! –, fue una definición pronunciada en un contexto radical y totalmente diferente al de nuestros días, en el que las tareas eran otras. Pero estoy seguro de que el mismo José Antonio, una de las mentes más privilegiadas que ha dado de sí el solar hispano desde siempre, hubiera atisbado, de vivir en el presente, el hecho de que la proyección del destino español estaba en el destino europeo, primero, y después en el universal, impregnando a ambos, en lo que alcancemos, de algo que también hemos postergado últimamente en nombre de no sé qué 'modernidades': ¡el espíritu de don Quijote!. Una mente como la de José Antonio, una vez superado el trauma de una España postrada y hundida en su propia decadencia, no hubiera dejado de ver que un 'destino histórico' no puede ser nunca un 'destino oclusivo', cerrado y recogido en sí mismo, limitado por sí

mismo, limitado, valga la expresión, por sus propios límites. Hoy el mundo es otro muy distinto de aquel que viviera una España que se había expandido y derramado por todo el mundo –material-mente, moralmente, de pensamiento–, llevada por el 'espíritu del pionero' que se había incubado en ella, alimentado durante los largos siglos de la Reconquista… Hoy José Antonio, con sus extraordinarias facultades de percepción histórica, estoy seguro de que ya no pondría el énfasis en que España era una 'unidad de un destino', sino de que España 'había cumplido un destino'. Un destino glorioso, un destino sublime, un destino históricamente inmarcesible, un destino como muy escasas naciones del mundo han cumplido a lo largo de los siglos. Para él, y en el contexto histórico en que le tocó vivir, la grandeza de ese destino histórico cumplido era, ante todo, la palanca en que apoyar el resurgimiento de la España exangüe de su tiempo. Pero José Antonio nunca permitiría que la palabra 'destino' implicara la noción de 'llegada' y, por ende, la de 'fin de trayecto'… A este respecto, el mismo Julio Ruiz de Alda - al decir de su hermano Pablo, en el prólogo a la primera edición de la 'Obra Completa' (sic) de aquél- se apartaba en cierta forma de la definición joseantoniana de aquél momento. Dice Pablo Ruiz de Alda: *'Su sentido de la acción (la de Julio), ésa su naturaleza militar, se reflejaba también en sus convicciones políticas, siempre dinámicas; y, así, él divergía de esa definición maravillosa de la Patria como 'unidad de destino en lo universal' que nos ha dejado José Antonio, y nos decía que, más bien, era España una 'unidad de misión en lo universal'. Porque a él esa palabra, destino, se le antojaba estática, fatalista…'.*

Tal lo veo yo. Pero no creo que haya una contradicción radical entre destino y misión, porque la misión puede y debe ser, en sí misma, un destino. Como el orteguiano 'yo soy yo y mis circunstancias' aplicado a cada individuo humano, también las naciones son ellas y sus circunstancias. Y hoy –y creo que ya para siempre–, la circunstancia de España se llama, es, Europa. Misión y destino. Y ya que traemos a colación a Ortega, tal vez sea útil recordar el tan manido aforismo de nuestro gran filósofo, expresado en un tiempo paralelo al de José Antonio: 'España es el problema; Europa, la solución'…

No quiero concluir esta parte de la exposición –para no dejar un cabo suelto por el que se me pueda tachar de incoherente–, sin decir que este canto a Europa que he hecho, no significa, en modo alguno, poner el límite al concepto de nación en Europa misma. No es así, porque detrás de Europa (o delante) sigue estando el mundo, la Humanidad. La Humanidad sí que personifica, con total rotundidad, la 'unidad de destino en lo universal' del género humano. Lo que ocurre es que la Historia se mueve por etapas, nunca por saltos, aunque a veces se den saltos mortales. Como decía Santa Teresa, huyamos de que, por deseo de alcanzar lo último y más grande, descuidemos lo primero y más pequeño. El caso es que lo primero y más importante que tenemos ahora es eso, Europa. El camino es complejo y rico, y podemos y debemos andarlo de forma múltiple: afirmándonos en nuestra españolidad como principio, construyendo Europa como tarea, y teniendo a la Humanidad como ideal de conquista en plenitud.

<u>3/ Tercer enunciado: una vez asentado el principio de afirmación nacional española, así como el subsiguiente principio de que tal afirmación debe estar abierta para no agostarse en sí misma, a otra realidad nacional más amplia, Europa, y en el camino hacia la unidad</u>

nacional universal -es decir, hacia la Humanidad entera-, debemos dotar a ese camino de un proyecto

'El proyecto', la necesidad de dotar a la nación de un proyecto, es de lo que hablara José Antonio en multitud de ocasiones. Transcribo ahora, como muestra, el párrafo final de su hermosísimo artículo 'La gaita y la lira' (revista F.E., número 2, de 11 de enero de 1934):

'Así, pues, no veamos en la patria el arroyo y el césped, la canción y la gaita; veamos un destino, una empresa. La patria es aquello que, en el mundo, configuró una empresa colectiva. Sin empresa no hay patria; sin la presencia de la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en sabores y colores locales. Calla la lira y suena la gaita. Ya no hay razón –si no es, por ejemplo, de subalterna condición económica– para que cada valle siga unido al vecino. Enmudecen los números de los imperios –geometría y arquitectura– para que silben su llamada los genios de la disgregación, que se esconden bajo los hongos de cada aldea'...

Es decir, en la concepción joseantoniana no hay patria si no hay proyecto o empresa. Cierto es que en esta formulación hay mucho de idealismo, incluso de utopía, porque no puede haber proyecto que dure dos mil, tres mil, cinco mil años. Hablaríamos, por el contrario, de proyectos encadenados: hoy, éste; mañana, aquel; pasado mañana, el otro. Toda patria, cualquier patria, caería en el pozo de la disgregación de no existir un proyecto que cumplir.

Desde que España tuvo conciencia de sí misma, han existido diversos proyectos nacionales, separados a veces en el tiempo por periodos vacíos, que siempre constituyeron un peligro, y de los que se aprovecharon los enemigos de España, especialmente los internos. El proyecto de España en la Edad Media fue el de la Reconquista. Después, el de la conquista y civilización del Nuevo Mundo. Después, en los comienzos del siglo XIX, el dotar a la nación de una Constitución, el normativizar la vida española desde una perspectiva netamente nacional ('¡Por fin tenemos Patria!', pudo decir Agustín de Argüelles en la proclamación de la de Cádiz). El proyecto de finales del siglo XIX y principios del XX, era el de la regeneración del cuerpo nacional español, publicitado y exigido en las obras de un Joaquín Costa, de un Lucas Mallada, de un Ángel Ganivet, de un Ramiro de Maeztu, de un Miguel de Unamuno… El proyecto de José Antonio, en la situación de España en los principios de los años treinta del siglo XX, fue –no podía ser otro entonces– que el de dotar de valor y de conciencia al alicaído espíritu nacional, y de insuflar en la gente española el sentido de su valía como pueblo, asentado en el orgullo por lo que se había sido, que era una especie de aval para lanzarse a conseguir nuevas metas; venía a decir José Antonio, al hablar de la necesidad de un proyecto, de que todo era posible porque todo fue posible. Ese era el mensaje, y contra él luchaban fuerzas poderosas, en términos de pura supervivencia. En aquél tiempo, España estaba amenazada por un trío de monstruos que apuntaban a su disgregación y a un camino hacia la nada: el monstruo del separatismo, el monstruo de la lucha de clases, el monstruo de la lucha partidista... Estos siguen estando ahí, todavía, a la manera del dinosaurio de Augusto Monterroso, pero ahora tienen una fisonomía asaz distinta. El separatismo ha cobrado más fuerza, pero debido sobre todo a que, imbuido su oponente –que es la realidad de España–

de los complejos antes dichos de culpabilidad y de cierta forma de inferioridad, los políticos de turno han pasteleado con aquél en una actitud tibia y de componendas. En España nunca ha estado el peligro en los separatistas de cualquier cuño, sino en la tibieza, duda y flaqueza de algunos que adoptan con ridículos complejos su condición de españoles... Otro monstruo, el de la lucha de clases, ha disminuido, por el contrario, desde los tiempos de José Antonio a los actuales, por mor, sobre todo, de la expansión de las clases medias, y por el influjo de los avances tecnológicos y del desarrollo económico, que han desterrado casi del todo la figura patética del obrero explotado y del campesino famélico de los tiempos de aquél. En cuando al tercer monstruo, el de la lucha partidista, se muestra más sosegado que entonces porque se ha institucionalizado, y, diríamos, civilizado (¿); los extremismos han quedado convertidos en elementos residuales, y, aunque sigue habiendo políticos-hienas y políticos-zorros, éstos guardan normalmente la patita, y sólo la enseñan en momentos puntuales, sobre todo en las contiendas electorales, pero, aún así, lo hacen a la forma de un teatrillo, de una representación bufa y sin contenido de lo que es la esencia nacional y del remedio de sus problemas.

Todos esos proyectos tuvo que enfrentarlos España sola, pues eran, esencialmente, de carácter interno, si bien la aparición rotunda de Europa en el último de ellos ya marca el camino a seguir en el futuro. Y así estamos hoy, ante la exigencia de profundizar en un nuevo rumbo. ¿Es ese Europa?... Sí y no. Ser una pieza importante más en la construcción de la nación europea no es, necesariamente, un proyecto, porque, tal como hemos visto, y según el mismo José Antonio, una nación sin proyecto no es una patria, sino un aglomerado de diversas gentes y de distintos intereses, ya hablemos de la nación española, ya de la europea. La construcción nacional de Europa será, en todo caso, una tarea; ilusionante, arriesgada, comprometida, pero una tarea al fin, una vez concluida la cual tendrá que darse paso a un proyecto más definitivo en el caminar de la Historia. ¿Cuál puede ser éste?...

Ante esta pregunta, un consejo: no conviene que nos agobiemos ni nos obsesionemos. No se trata de ir de aquí para allá angustiados y sin aliento 'a la busca de un proyecto', como si se tratara del Arca de la Alianza o del Santo Grial. De momento –y todavía por muchos años– la tarea de la construcción nacional de Europa –cada pueblo europeo desde su ángulo geográfico, desde el norte finlandés hasta el sur español, desde el occidente portugués hasta el oriente alemán y polaco– nos tendrá 'entretenidos' para rato. Ese proceso de construcción nacional conllevará ajustes de todo tipo –ya lo está haciendo– en los campos del Derecho, de la investigación científica, del desarrollo económico, de la defensa militar, de la educación pública, de la estructura gubernamental, de los servicios, de los territorios… Paralelamente, tendrá que haber una profundización en el conocimiento mutuo de las gentes europeas entre sí -Historia, lenguas, tradiciones, folklore, ciencia, literatura- y en el intercambio afectivo, personal y cultural que se ha de producir entre ellas, hasta conseguir que el acto de viajar un europeo por Europa, fuera de su propio país, no signifique en ningún caso viajar al extranjero, ni en el ánimo del que viaja, ni en el ánimo del que acoge… ¡Es tanta la tarea! A la que hay que dotar de medios, naturalmente; humanos, económicos y

técnicos. Se puede hacer. Debe hacerse. Pero, vuelvo a repetir: ¿y el proyecto?

Tengo para mí que un proyecto europeo –y no hablo de estrictos proyectos materiales, sino de proyectos trascendentes, que apunten a la naturaleza misma del ser humano-, un proyecto europeo, digo, no puede ser otro que el de la extensión del 'modo de ser' europeo, anclado en los valores de su esencia histórica, y cristalizados epigráficamente en el lema de la Revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad. La exigencia subyacente contenida en estas tres palabras ya se ha extendido por gran parte de la Humanidad; es lo que llamamos el mundo occidental, una parte importantísima del cual está constituida por los países de raigambre hispánica –la Hispanidad, una palabra campanuda, aunque emotiva, a la que es necesario dotar de contenido concreto–, países con los cuales España debe seguir –pero con mucha más fuerza y convicción de la que ha empleado hasta ahora, y con menos evocaciones rimbombantes– un proyecto que profundice en las mutuas relaciones, siendo ésta a la vez, y de verdad, cabeza de puente de las mismas con el resto de Europa. De hecho, esa exigencia, esas exigencias contenidas en las tres palabras del lema revolucionario, ya están aceptadas universalmente, al menos nominalmente en cuanto a lo que significan, en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, documento aprobado por la Asamblea General de la ONU el 10 de diciembre de 1948. Pero la aplicación de estos principios es todavía muy deficiente en muchas partes del mundo, tal vez debido a la propia estructuración mundial en nacionalidades de todo tipo y pelaje, con gobiernos de todas las tendencias en su ejecutoria. En esa deficiencia tengo para mí que reside la necesidad de la misión de Europa en el mundo, y, por tanto, la necesidad de un proyecto claro concomitante.

En cualquier caso, no podemos desconocer que caminamos hacia el fin de la Historia, entendido este como el de la plena universalización y vigencia del cuadro de derechos y obligaciones para todos los seres humanos. Un fin que puede llegar en años o en decenas de años, pero que llegará. Entonces España y Europa formarán parte armoniosa de la nación universal, que será aquella que se rija, de polo a polo, por los mismos derechos y las mismas obligaciones para todos los humanos, emanados de un único 'corpus' jurídico constitucional; una nación cuyo proyecto esté situado en el futuro, acaso, en diversos puntos del gran espacio exterior. 'Per aspera ad astra'…

Pompeyo Santiago Serna
Terrassa (Barcelona),
16 de diciembre de 2011
29 de octubre de 2017

En el bien entendido de que el horizonte sigue siendo el mismo, porque lo marcan nítidamente los valores e ideales de la Promesa.

ojetrocha@gmail.com

www.trocha.org.es

Asociación Española
de Educadores de Tiempo Libre

Veteranos OJE - Cataluña
www.trocha.org.es

Cuaderno núm. 11. - "Nacionalismo/nacionalismos: ¿Hacia dónde vamos?"
© Asociación Española de Educadores de Tiempo Libre, y Veteranos OJE - Cataluña
Depósito legal: B 10.375-2018 - Barcelona, Abril 2018